

*No son pocos los intelectuales contemporáneos que miran por encima del hombro a todo el que no se sitúa « más allá de la libertad y la dignidad » del ser humano, sobre todo si el humano es un inculto « rebelde primitivo ». Desde el punto de vista « moderno », no hay nada más « primitivo » que un campesino o desposeído de un país « subdesarrollado » que pone sus mejores esperanzas en las inciertas promesas de un movimiento social que, « a estas alturas », no puede menos de aparecer como una supervivencia « arcaica » o « milenarista ». Para el « experto » de nuestro tiempo, un rebelde indómito que esté profundamente familiarizado con las seguras promesas de la ciencia y la tecnología más avanzada y persista en hablar de libertad y justicia social es poco menos que inconcebible. Lo « moderno » es limitarse a las ventajas económicas y políticas calculadas por las computadoras menos apasionadas y dejarse de « tonterías ». « Los que saben de que va la cosa » han olvidado hace muchos años ya esos « residuos » tradicionales. Para pretender « estar al día » lo primero es no tomar en serio las « ilusiones del pasado » sobre la perfectibilidad del hombre y la sociedad.*

*Con lo que precede como telón de foro es posible entrever la significatividad que tiene el que algunos de los más extraordinarios ensayos sobre la tradición libertaria (teoría y praxis) hayan sido escritos por Noam Chomsky. Nadie tiene mejores credenciales que Chomsky para estimar lo que se puede y no se puede esperar de las computadoras y de la automatización, o para especular sobre el futuro de las ciencias del hombre y de la sociedad. Entre los matemáticos que han hecho contribuciones esenciales a la teoría de los autómatas, Chomsky ocupa un lugar absolutamente señero, y entre los investigadores dedicados a las ciencias humanas su posición es, a todas luces, única. Pero esto, con ser tanto, no es todo. Chomsky es el primer hombre de ciencia en la historia de la humanidad que ha contribuido sustancialmente a la fundamentación rigurosa de las nociones tradicionales sobre la creatividad y la dignidad humana. La distinción secular entre el bruto y el ser humano (entre el autómata y el « agente libre ») ha sido potenciada como consecuencia de las investigaciones de Chomsky sobre las gramáticas matemáticas y las gramáticas naturales, por lo que resulta hoy más claro que nunca que las propiedades de la mente humana manifiestas en el habla ordinaria implican capacidades y principios que no son ni serán realizables ni por el más complejo de los autómatas. Y esto cuando los primeros entusiastas de la « inteligencia artificial » de mediados de siglo apenas acaban de echar al vuelo las campanas de la más pragmática y utópica de las tecnocracias, como adelantados de los « nuevos mandarines » de nuestros días, dóciles servidores y apologistas del imperialismo más opresivo e inhumano (lo de menos es que su marchamo sea troyano y no tirio).*

*La reivindicación de Chomsky es de especial importancia desde el punto de vista hispano. En el siglo XVI la teoría de la libertad culmina en las obras de Gómez Pereira (que arguye en favor de la contraposición hombre/bruto casi un siglo antes que Descartes), Juan Huarte de San Juan (que insiste en la contraposición y postula principios « generativos » en relación con la mente humana casi cuatro siglos antes de Chomsky) y, por supuesto, Miguel de Cervantes, el gran epígono de Huarte. Ello, naturalmente, no quiere decir (por más aspavientos que hagan algunos izquierdosos) que la teoría de la libertad y creatividad humana*

sea inseparable del *supernaturalismo cartesiano*. La mente humana sigue siendo materia aun después de la « emergencia » evolucionaria que ha dado origen a las propiedades « creativas » que la distinguen del resto de la materia orgánica e inorgánica. El que admite esto (como Chomsky) es un « materialista » filosófico; el que postula (con Descartes) una « segunda sustancia », distinta de la materia, es un « *supernaturalista* ». No implica contradicción ni tiene nada de extraño que un « materialista » y un « *supernaturalista* » coincidan en establecer una distinción o dicotomía fundamental entre el bruto o autómatas y el agente libre. Lo que es contradictorio es negar esta « dualidad cartesiana » (antes pereiriana y huartiana) y hablar, al propio tiempo, de cambio revolucionario. Como he argüido en mi introducción a la versión española del « manifiesto » de Chomsky (*Estructuras sintácticas, Siglo XXI*), sólo los seres libres y creativos son capaces de previsión y visión, de perfectibilidad personal y cultural, y, por tanto, de revolución. Sólo los seres verdaderamente libres y creativos son capaces de reconstruir la sociedad sobre bases genuinamente socialistas.

Si la teoría humanística de la libertad culmina en autores hispanos del siglo XVI, la praxis de la libertad alcanza uno de los momentos más llenos de promesas por obra y gracia de algunos revolucionarios hispanos del siglo XX. Como es natural, la revolución española no se produjo por generación determinística o maquina. Sus realizaciones fueron más bien resultado de la paciente organización y educación popular de muchos años de dedicación militante. Con razón se ha dicho que la experiencia de 1936-1937 estaba ya relativamente madura en las concepciones y en las conciencias de los militantes libertarios mucho antes de su alborada. El « testimonio sobre la revolución española » (Cataluña 1937) del celebrado autor de 1984 y de Rebelión en la granja basta para poder revivir algo del clima « irresistible » en el que se desarrolló el profundo cambio en la actitud mental y en la visión de la mayoría, y no sólo en las estructuras económicas (que no sólo de pan vive el hombre). Nada más lejos de los preciosismos más o menos necios que divulgaban por entonces los más característicos figurones de la « generación » o más bien cenáculo del 98. Los revolucionarios catalanes o andaluces, como antes los mejicanos, tomaban más en serio lo que podríamos llamar « el otro 98 », el 98 de « los dos Ricardos »: Ricardo Mella a un lado del Atlántico y Ricardo Flores Magón al otro. Y es que Mella y Flores Magón, Juan Montseny y Juan Peiró, y tantos otros noventayochistas excluidos de los registros elitísticos de nuestra « cultura », tenían sin duda mejores títulos para representar a su generación que muchos de los sicofantes del 98. Inútil sería buscar en las atildadas páginas de los « consagrados » la luz que proyectan sobre « el problema de España » los escritos de coetáneos apenas conocidos (para nada decir de noventayochistas de la talla de Max Nettlau y Rudolf Rocker) o de autores de la generación anterior (menos cacareada, pero no menos certera), la de Anselmo Lorenzo y Francisco Ferrer (o Manuel González Prada y José Martí).

En la más bien nutrida bibliografía sobre la lucha contra el autoritarismo y el imperialismo en la España de 1936 habla hasta hace poco una laguna que pedía ser llenada lo antes y lo mejor posible. No nos congratularemos nunca lo suficiente de que haya sido precisamente Noam Chomsky, el lingüista, filósofo y matemático con credenciales más adecuadas e impecables, y más irresistibles (véase sobre todo su libro más reciente, *For Reasons of State*), quien decidió llenarla. El paralelo entre la España de hace una generación y la Indochina de nuestros días (reencarnaciones de David frente al mismo Goliat) resulta cada vez más significativo y aleccionador, como señaló también por las mismas fechas Robert Colodny, veterano de la XV Brigada Internacional en una admirable conferencia (*Spain and Vietnam: The Fight for Freedom, New York, Veterans of the*

*Abraham Lincoln Brigade, 1967). Los milicianos de 1963 o 1973 no pueden menos de recordar a los de 1936, por mucho que hayan cambiado las circunstancias (para la tecnología y depravación posnazi, Guernica es cosa de todos los días). Unos y otros han alentado responsabilidades graves en las conciencias de todos los seres todavía no del todo deshumanizados (aun si las Brigadas internacionales de la defensa de Hanoi han quedado en proyecto). Unos y otros se han enfrentado con la «unidad de destino en lo universal» como agentes libres e indomables de misión ecuménica y han reiterado su «no pasarán» ante las casi marcianas y absolutamente inhumanas hordas del imperialismo contemporáneo. Unos y otros han servido a la vez de justificación y acicate a una más profundas revulsiones culturales de todos los tiempos.*

*Para todo el que ha logrado mantenerse relativamente libre de prejuicios e irracionalidades, la lección no puede ser más clara. En la apenas iniciada y cruenta lucha por la justicia social y la solidaridad ecuménica de nada sirve dar palos de ciego más o menos sectarios. A río revuelto y ofuscado, ganancia de pescadores superpotentes.*

Los Angeles (California), 5 de septiembre de 1973